

que asombran tanto por su originalidad como por su profundidad. Dice Stolberg que una de las pruebas más permanentes y evidentes de la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, es la universal y constante prueba á que quiso sujetar su doctrina. «Mi yugo es suave, dijo, y mi carga es ligera.» Y hasta ahora no se ha encontrado ningun hombre que haya dicho: cumpliendo fielmente la doctrina de Jesucristo he sido sin embargo desgraciado. La Virgen Santísima de Guadalupe dijo á Juan Diego. . . . «Es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa, y la compasión que tengo de los naturales y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo, y me llamaren en sus trabajos y aflicciones. . . .» Tres siglos hace que la Virgen Santísima de Guadalupe está ahí, y hasta ahora no se ha oído, que alguno que en espíritu puro y con recta intención, la haya invocado á través del milagro y como aparecida, haya sido desamparado. Esta es la prueba suprema, porque es, por decirlo así, de tracto continuo; está siempre al alcance de todos: el que dude por propia experiencia puede convencerse. Pero ¡ay! del que sin amor creyere, creará á la fuerza y para su propio tormento como los condenados. La Santísima Virgen María, á quien Dios col-

mó para bien de los humanos de gracias y dones, es tan buena, que uno de sus más grandes y para Ella gratísimo privilegio, es el de obtener gracias aún para los más empedernidos corazones y los más obstinados y depravados pecadores. Por esta razón el B. Dionisio Cartujano llama á la Santísima Virgen «el refugio singular de los pecadores, la esperanza de los miserables y la abogada de los perdidos que á Ella recurren.» Las historias religiosas y profanas, llenas están de ejemplos de gracias dispensadas por la Santísima Virgen á infieles y herejes. De los cristianos, quizá no ha habido uno solo por malo que sea, á quien la Virgen Santísima, sin ruido de palabras no le haya hablado al corazón en los supremos momentos de su vida. Si así trata la Santísima Virgen María á los cristianos que la olvidan, á los infieles que no la conocen y á los herejes que la blasfeman, ¿qué no hará por sus hijos que la aman y la invocan? Si el milagro de la Aparición no fuera cierto, sería moralmente imposible que la Virgen Santísima no hubiera desengañado á tantos millones de almas humildes y piadosas, que con sincera fe han creído en el Milagro de la Santísima Virgen de Guadalupe.

¡No puede decirse ni comprenderse lo que Dios ama á la Santísima Virgen! «Mas si el entendimiento humano, dice San Bernardo, no

puede llegar á comprender la inmensa gloria que Dios ha preparado en el Cielo á los que en la tierra le han amado, como nos indicó el Apóstol, ¿quién jamás llegará á comprender, que gloria tuvo aparejada á su querida Madre, que en la tierra le amó más que todos los hombres, y aún desde el primer momento en que fué criada, le amó más que todos los hombres y que todos los ángeles juntos? Mídase la gracia singular que María consiguió en la tierra, y luego mídase la gloria singular que posee en el Cielo.» Dios que es la Verdad por esencia, que tanto ama á la Santísima Virgen y que tal gloria le ha concedido, si fuera falso el milagro de la Aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe ¿hubiera permitido que así se mezclase con los rayos de verdadera gloria de la corona de Su Madre Santísima un rayo de falsa gloria? ¡Sólo el pensarlo horroriza como una blasfemia infernal!

Cualquiera de estas consideraciones bien ahondada y dezmenuzada, bastaría á hacer surgir la fe en el milagro de la Aparición de la Virgen Santísima de Guadalupe aún en el alma más entenebrecida.

L.

LA fe y la razón de consuno persuaden la creencia en el milagro de la Virgen Santísima de Guadalupe; pero no es posible creer en él, en que la Santísima Virgen dignóse aparecer en este suelo mexicano para ser el amparo de las razas que lo pueblen, sin esperar de su misericordia los mayores beneficios. Creer y esperar en Ella sin amarla sería no sólo monstruoso, sino una maldad más allá de la perversidad humana. Por eso la nación mexicana que en Ella cree y espera, la ama y la venera con todo su corazón. Y con verdad puede decirse la nación mexicana, porque en su amplia carta etnográfica, nada significan dos ó tres manchones de blasfemos, de herejes y de necios.

La veneración que el pueblo tiene á la milagrosa Imagen de la Virgen Santísima de Guadalupe, es por lo que ella representa y recuerda. En el Catolicismo el culto de la tría ó verdadera adoración sólo es debido y atribuido á Dios; á la Santísima Virgen y los demás santos se les tributa en Dios y por Dios; pero como la Virgen Santísima es santa sobre todos los demás santos, el culto que se le tributa es

mayor que el tributado á los otros, y por eso se llama de «hiperdulia,» que en su etimología griega, tanto quiere decir, como culto por excelencia. La naturaleza humana es por sí misma muy limitada y ruín, y por grandes que sean su amor y su intención, las manifestaciones de su devoción tienen que ser limitadas. Fuera de erigir un templo en honor de la Virgen Santísima ó coronar alguna de sus más veneradas imágenes, apenas si los pueblos en calidad de tales, es decir colectivamente y en masa, tienen otros medios, de tributar á la Santísima Virgen el culto que su amor les inspira. Por eso la nación mexicana después de haber erigido cuantos templos ha podido en honor de la Virgen Santísima de Guadalupe y de haberla jurado más de una vez por su Patrona, desde hace más de un siglo tiene el anhelo de coronarla.

Coronar las más veneradas Imágenes de la Virgen Santísima, por los muchos milagros de Ella que representan ó los muchos beneficios que recuerdan, es de un uso tan antiguo como frecuente en la Iglesia Católica, y perfectamente de acuerdo con las disposiciones canónicas y litúrgicas. En el mundo hay muchísimas imágenes de la Santísima Virgen que han sido coronadas; y tampoco es una novedad, el deseo por parte del pueblo mexicano de coronar

á la Virgen Santísima de Guadalupe. En Junio de 1740 el Caballero D. Lorenzo Boturini solicitó y obtuvo del V. Cabildo de San Pedro «in Vaticano,» lo mismo que en el año pasado solicitaron y en el presente obtuvieron de la Santidad del Sr. León XIII en nombre de la Iglesia Mexicana los Sres. Arzobispo y Obispos de ella, la facultad de coronar con corona de oro la milagrosa Imagen de la Santísima Virgen en su advocación de Guadalupe.

Entonces no llegó á ser coronada, por haberlo estorbado con el pretexto de que las bulas respectivas no habían obtenido el pase del Consejo de Indias, el Conde de Fuencalara virey de Nueva España. Hoy el infierno comienza también á poner obstáculos y mover contradicciones para la coronación. ¡La Virgen Santísima en su misericordia y sabiduría, allane los caminos para que sea coronada en santa paz y dulce concordia, por todo el pueblo que desde hace tres siglos escogió por suyo!

¡Ay de ellos y ay de México, si una vez iniciada por inspiración de Ella misma, los malos llegan á impedir la coronación de la Virgen Santísima de Guadalupe!

EL pueblo mexicano tan viva y sinceramente desea la coronación de la Virgen Santísima de Guadalupe, porque adivina en su piadoso instinto, que á Ella es deudora de los más grandes beneficios no sólo en épocas pasadas sino en la presente, y que es Ella la sola esperanza de salud, que en el hondo mar de sus infortunios puede darle aliento á la patria mexicana y á sus atribulados hijos.

Hay sucesos en nuestra historia contemporánea que si no son atribuidos á la misericordiosa intercesión de la Virgen Santísima de Guadalupe, toda filosofía será impotente para explicarlos. Hay tres hechos sobre todo desde la Independencia hasta la fecha, que en vano la impiedad querría atribuir al acaso y la falsa filosofía de la historia á frívolas é inadecuadas causas, porque la severidad de una lógica sincera siempre tendría que reconocer en ellos causas más poderosas que las humanas, y una piedad sensata que atribuirlos á la piedad de Dios alcanzada por los ruegos de su Madre Santísima siempre llena de compasión para con nosotros.

El más grande beneficio que nuestra propia

generación debe á la Virgen Santísima de Guadalupe, es la conservación de la autonomía nacional, que dos veces en veinte años un punto ha faltado para que se perdiera. Cuando fuimos vencidos el año de 1847 por los invasores norte-americanos en la inicua guerra que por arrebatarnos la mitad de nuestro territorio nos declararon sin ningún motivo ni aparente ni supuesto siquiera, México pudo consolidar su independencia para siempre luchando sin tregua ni cuartel, y resolviéndose á morir antes que transijir en mucho ni en poco con iniquidad tan sin precedente ni ejemplo en toda la historia del mundo civilizado; pero desde que decidióse á tratar, su independencia quedó á merced del invasor triunfante y sólo pudo salvarse al amparo de la Virgen Santísima de Guadalupe, á cuyas plantas sin saberse cómo ni porqué, vinieron á firmarse los tratados de paz.

Veinte años más tarde; cuando derruido por Seward, Bazaine y López, el segundo Imperio mexicano se derrumbó entre los sublimes fulgores de la épica catástrofe de Querétaro, la autonomía nacional vióse de nuevo en más inminente peligro. Reconstruida la Unión Americana; habiendo humillado á toda la Europa occidental, y aunque sin motivo suficiente amedrentádola con la insolencia de su diploma-

cia; resentida como de un agravio hecho á su orgullo, de los esfuerzos de los mexicanos que para quebrantar su prepotencia, bajo el amparo europeo erigieron la patria en un imperio; creyéndose en su derecho para exigir de los mexicanos que lo combatieron, el pago de las mercedes que les habían hecho para derrocarlo, es inexplicable cómo no se perdió entonces la independencia nacional á manos de esa Unión Americana tan injusta como poderosa. Jamás llegará á explicar la filosofía de la historia como habiendo sido arrojada la autonomía nacional á las fauces del monstruo, no fué devorada. Sólo la Virgen Santísima de Guadalupe que es el escudo invisible de la independencia nacional pudo sacarla ilesa de ese abismo.

Ella que ha sido el escudo de nuestra independencia, ha sido también el sólo freno que ha podido contener los desbocamientos de la tiranía entre nosotros. Diez años de paz son ya un buen augurio de que llegaremos á consolidarla; y ojalá y nunca vuelva la nación á sus pasados disturbios que tanta sangre, lágrimas, ruinas y vergüenzas le costaron. En la época de nuestras disensiones civiles, tanto llegaron á exaltarse las malas pasiones y á degradarse los caracteres, que prodigioso es que nunca llegáramos como algunos de nuestros

pueblos hermanos de la América Central y del Sur á esas demagogías monstruosas y despotismos nefandos, que han renovado en la historia todas las crueldades y bajezas, degradaciones y vergüenzas del Bajo Imperio y de los despotismos asiáticos. Milagroso es que no descendiéramos á tanta miseria, cuando la revolución anticatólica harto lodo había amasado y corrompido, para modelar muchos esclavos y tiranos de tan repugnante especie.

Pero el gran milagro de la Virgen Santísima de Guadalupe en nuestros días, ha sido que no se haya roto la unidad de la fe entre nosotros, cuando hace ya varios lustros que el Catolicismo es víctima en México de tan tenaz y embravecida persecución. Desde que se inició la revolución llamada de Reforma, y que fué en efecto una especie de Reforma Protestante, el furor de la persecución no hubo violencia que no ejercitara contra los buenos. Calmada su crudeza, la persecución siguió no menos cruel aunque con faz más insidiosa y artera. Mientras el ultraje sincero ó finjido á las creencias católicas sea un medio, y el conculcar todos los derechos sociales y políticos de los católicos un seguro y fácil sendero á las patrias dignidades y un cheque perenne contra el Erario, la persecución subsiste y subsistirá.

En medio de tan rudas y continuadas prue-

bas, la unidad de la fe católica en México, no sólo ha resistido triunfante, sino que se ha fortalecido y aquilatado. México es hoy más universal, sincera y firmemente católico que hace treinta ó cuarenta años. Y no bastan á romper esa sólida y magestuosa unidad, ni unas cuantas salas protestantes ni las lógias masónicas esparcidas en la amplitud de nuestro territorio. La masonería en sí misma tan demoniaca y en otros países tan pavorosamente peligrosa, entre nosotros hasta ahora no pasa de ser una bufonada; y las sectas disidentes una ociosidad mantenida por los ruines despilfarros de algunas sociedades bíblicas extranjeras. Sin admitir la compasiva intercesión de la Virgen Santísima de Guadalupe, histórica y filosóficamente no es explicable la perseverancia de México en la unidad de la fe católica.

Con razón el pueblo ama tanto y en prueba de su amor desea coronar á la Virgen Santísima de Guadalupe ¿Qué amaría sino amara, á la que ha sido el freno de todas las tiranías que le estaban aparejadas, el escudo de su independencia y la fortaleza de su fe?

LII.

§ I la patria mexicana no amara á la Virgen Santísima de Guadalupe por agradecimiento tendría que amarla por necesidad, porque solo de Ella puede esperar remedio á las grandes congojas que la apremian. Cuatro grandes y capitales problemas tiene que resolver México para vivir, y los solos esfuerzos humanos no bastan para resolverlos con acierto.

Todas las grandezas de la tierra humanas son y por algún lado tienen que rendir testimonio de su miseria. De cuantas naciones pueblan hoy el globo, los Estados Unidos son la más poderosa y al mismo tiempo la más débil. De todos los frutos conocidos levantan cosechas, y tienen vías férreas para trasportarlas, iguales cuando menos á las de Europa juntas. El ahorro que habitualmente tienen en las arcas de su Erario Federal, casi iguala la suma que para librarse de la muerte, con supremos esfuerzos tuvo que entregar la Francia como indemnización de guerra. Tienen más tierras, aguas, ríos, minas y muebles que los otros pueblos: después del Imperio Romano es el estado que ha llegado á amontonar mayor número de bienes materiales. Pero ésta rara y rápida pro-

peridad en la cual se oculta algún especial designio de la Providencia, en un orden lógico no parece destinada á durar mucho tiempo. Los Estados Unidos no son un nuevo pueblo que surge en la historia con destinos y caracteres singulares, sino el hacinamiento de las emigraciones en masa de viejas razas. Los Estados Unidos no tuvieron infancia ni juventud, nacieron viejos y ya tienen todas las cualidades y defectos de su nativa ancianidad. Los vastos blocks de que está formado el edificio sin proporciones de la Unión Americana, no hay argamasa bastante poderosa para tenerlos mucho tiempo unidos. El Occidente no está confederado sino atado á la Unión, y el Sur vencido, subyugado y explotado. No será necesario mucho tiempo, para que ese coloso forjado en un día, se hunda ó se desmorone.

Pero por breve que sea, siempre es larga la vida de las naciones. Mientras dure la prosperidad de los Estados Unidos, ¿qué garantía sólida puede afianzar la autonomía de México? Sería muy inseguro esperarla del conflicto mismo de los intereses opuestos de los Estados del Norte y Sur de la Unión Americana: cambia en cada día la balanza de los intereses meramente materiales y en un sólo instante pueden desequilibrarla la violencia ó la astucia. Menos pueden ser la salvaguardia de nuestra indepen-

dencia los propios sentimientos del pueblo americano. Su historia no comprueba que tengan el amor á la justicia que la República Romana en la época de su grandeza, ni la abnegación que España ó Francia en los días de su gloria y prepotencia. La Inglaterra fué su madre y la han abrevado de conflictos y humillaciones: á la Francia en gran parte le deben su independencia, y en lugar de compadecerla al menos, la han befado en la hora de sus infortunios. Aprovecharon los más dolorosos conflictos para adquirir á vil precio la Florida y la Luisiana; y la mayor parte del territorio que ocupan, nos fué arrancado por la más injustificable violencia. El verdadero escudo de nuestra independencia será siempre la Virgen Santísima de Guadalupe amparando nuestra justicia. Llegado el momento, Ella sabría encender en alguna cabeza una idea salvadora ó armar el brazo que debiera conducirnos á la muerte con honra.

Tan necesaria como la independencia es para la vida de los pueblos el pan material; pero el pan de las naciones es el trabajo y por eso en último término son las más ricas, las que pueden proporcionar al mayor número de sus habitantes trabajo más abundante y mejor remunerado. Y esta es la gran congoja de nuestra patria que no hay trabajo fácil de encontrar y bien remunerado para sus hijos. El mexicano no

puede ser en su propia patria, más que jornalero ó funcionario público, trabajos sin remuneración el uno y sin porvenir el otro. Todas las empresas publicas y privadas son extranjeras y en el orden económico ellas tienen que ser las dispensadoras del trabajo en nuestra patria, enseñoreándose así de la independencia y el porvenir de las familias. La experiencia ha demostrado la aptitud del mexicano para todo género de trabajos: las colonias extranjeras que se han fundado en el país y la construcción de las extensas líneas de ferrocarriles que lo surcan, han demostrado prácticamente la superioridad del trabajador mexicano, pero circunstancia de antiguo origen hacen que para ellos el trabajo sea tan escaso como mal remunerado. En ésta, como en todas las cuestiones sociales, poco puede el esfuerzo humano sin el especial socorro del Cielo. ¡La Virgen Santísima de Guadalupe nos dé con el trabajo, la verdadera riqueza y la verdadera independencia del individuo y la familia!

Apenas nacidos á la vida autónoma, abandonamos el sendero de la justicia y con el menosprecio de ella, toda esperanza de verdadera libertad. Es la libertad el aura vital de las naciones y sin ella los pueblos desfallecen y mueren. La conciencia nacional se ha extraviado de tal manera, que á veces con errónea sin-

ceridad, la cree más libre, á medida que la patria se hace más esclava de sus errores y pasiones. La libertad que no alienta en las costumbres aún cuando estuviera escrita en las instituciones políticas, no sería más que un cadáver, pero entre nosotros la libertad no late ya en las instituciones ni ménos en las costumbres.

Sería mezquino y hasta depravado, situarse en sólo el reducido espacio del interés de partido al gemir sobre los grandes males de la patria. La libertad puede vivir bajo todas las formas de gobierno; pero descendiendo con imparcialidad al fondo de nuestra situación ¿qué libertad tenemos? quiénes son libres entre nosotros? ¿cuál de nuestras instituciones políticas es una realidad? La libertad religiosa es imposible bajo las leyes de la llamada Reforma que son el código de la persecución: no dando validez eficaz más que á los títulos oficiales, la libertad de enseñanza es una cruel irrisión: sin facultad sino para propagar el mal, la libertad de la prensa es una red tendida pérfidamente á la verdad y al bien.

¿Qué federación es posible sujetando en todo y á todos los estados á un solo poder? Sin representantes libremente elegidos por el pueblo é inviolables en el desempeño de su mandato, todo sistema representativo es imposible. ¿Qué

democracia es posible sin el libre sufragio? Los pueblos no pueden vivir de mentiras. Para darle libertad á México es necesario volverlo á los quicios de la verdad y la justicia; pero levantar en hombros para colocarlo de nuevo en sus verdaderos cimientos á todo un pueblo, no pueden hacerlo los mortales sin el auxilio directo de la Providencia.

Erigida la libertad sobre las inmutables bases de la verdad y la justicia, ya la paz se consolidará entre nosotros y podremos con tranquilidad y tiempo resolver las grandes cuestiones sociales y administrativas en las que se esconden los pavorosos secretos de nuestros futuros destinos; árdulos y temibles problemas que hasta ahora por un inexplicable vértigo no han sido ni planteadas siquiera. Sin crédito no hay hacienda nacional, y la base del crédito es el arreglo de la deuda pública que hasta ahora no ha sido más que aplazado y bajo bases superiores á nuestras fuerzas: el ejército que en su reclutamiento es un atentado, rompe todo presupuesto posible sin ser una seguridad para el peligro extraño ni un apoyo de la paz interior: la propiedad rústica de nuevo perturbada y gravada, no ha sido dividida para su cultivo: la extracción perenne que hace el comercio extranjero de más de la mitad de la riqueza circulante, dá el pan de un día, á true-

que de ahondar más y más el abismo de la pública miseria. ¿Cómo nos ponemos en relaciones de recíproca utilidad con los países extranjeros? Qué se hace, sobre todo, en pró de más de cinco millones de indios, verdadero tesoro y porvenir de la patria? ¡Rogarle desde lo más íntimo del alma á la Virgen Santísima de Guadalupe que nos dé luz para resolver con acierto tan trascendentales problemas, es lo único posible y necesario!

Sólo por intercesión de la Virgen Santísima de Guadalupe podemos alcanzar de Dios la conservación de nuestra autonomía, el santo pan del trabajo, el vivificante aliento de la libertad y la fecunda paz en que deben resolverse las grandes cuestiones que entrañan el porvenir de la patria.

O invoca y torna á rogar á la Virgen Santísima de Guadalupe hasta ser oída ó muere, esta es para México su postrera disyuntiva.

LIII.

L doble milagro de la Aparición de la Virgen Santísima de Guadalupe y la maravillosa pintura de su bendita Imagen, es una verdad que resiste el crisol de todos los criterios, y demostrada por la razón á la

vez que persuadida por la fe. La Aparición de la Virgen Santísima en nuestro suelo es una prenda segura de su misericordia especial para con nosotros. A Ella es deudora México de cuantos beneficios ha recibido hasta ahora, y de manos de Ella recibirá el consuelo en sus tribulaciones y el remedio de sus necesidades.

Después de Dios, nada ama ni ha amado tanto la patria mexicana como á su celestial Patrona y compasiva Madre, la Virgen Santísima bajo su advocación de Guadalupe.

Surgirán obstáculos y contradicciones, hará esfuerzos el Averno para estorbarlo, pero más ó menos pronto, la Virgen Santísima de Guadalupe será coronada por el amor y la piedad del pueblo mexicano. Así lo quieren todos los buenos y aún casi todos los malos: es el más ferviente deseo y será la recompensa en la tierra, del venerable y anciano prelado que más de treinta años lleva de regir la arquidiócesis de México en los tiempos más duros y bravíos: así lo desean los públicos eclesiástico y civil de toda la nación: es el ardiente anhelo, de las dos más honorables y poderosas clases del país, los rancheros y los indios, que son los únicos que saben entre nosotros amasar pan en la paz con el sudor de su trabajo, y verter en la guerra la sangre agena y la propia; y lo quiere sobre todo, la misma Virgen Santísima de Gua-

dalupe que así lo ha revelado sin ruido de palabras á todos los corazones de sus hijos.

Será coronada la Santísima Virgen de Guadalupe y lo será, en paz y concordia, en dulzura indecible y en medio de un júbilo celestial. Si Ella quisiera ser coronada por la fuerza le bastaría decir al americano avanza ó al cólera sopla: al indio yerguete, ó despertad y encendeos á nuestros apagados volcanes; pero la Virgen Santísima, no es ministro de las justicias del Altísimo sino dispensadora de sus misericordias, y sólo les dirá: ablandaos de amor á nuestros corazones; y gemid de gozo, á nuestros ojos. Será el de la coronación un día de inmensa paz, porque en él renovaremos nuestro pacto de alianza con el Cielo.

La coronación de la Virgen Santísima de Guadalupe será el suceso más grandioso y trascendental de la historia de México durante el siglo XIX. Es obra tan santa y tan acepta á los ojos del Señor, que ella sólo bastaría á borrar siglos de crímenes. La Virgen Santísima que tan buena es y que tanto ama á los humanos, cuanto va á enternecerse con ese homenaje de profundo amor de todo un pueblo, y como van á desbordarse entonces los torrentes de gracias privadas y públicas misericordias, que rebotan en su tierno y compasivo Corazón. Grande y santa es la obra, y dicha in-